

Numéro 16, création

# **Fantasmas verdaderos y verdades fantasmales (caminos del asombro)**

Luisa Valenzuela

Citation recommandée : Valenzuela, Luisa. "Fantasmas verdaderos y verdades fantasmales (caminos del asombro)". *Les Ateliers du SAL* 16 (2020) : 233-239.

En materia de conocimiento soy omnívora. Omnívora pero asaz diletante, qué le vamos a hacer. Así avanzo por la vida y viajo a tierras lejanas, que hoy se centran (*limitan* no es el término adecuado) en los libros y la web.

Y dado el "confinamiento social general y obligatorio", mis erráticas lecturas e indagaciones habituales me llevan a asociar de manera a veces disparatada y estimulante. En estos encuentros fortuitos del tipo paraguas y máquina de coser, como pedía Lautréamont, descubro que la mesa de disección (es decir el lugar del hecho) es hoy por hoy mi propia cabeza loca. Que cada tanto produce un muy breve relato, con estrambote porque el flujo no se detiene en el punto final del mismo. A saber:

### **La derecha**

Hay olvidos y olvidos. A Adela, pobre, el suyo le estaba resultado fatal. O al menos complicadísimo. Ya no se le ocurría ni una idea más para resolver su serio problema.

Resulta que la habían convencido de la importancia de la luz solar para combatir o al menos prevenir el letal coronavirus que asolaba al mundo. ¡Recomendarle sol nada menos que a ella! Ella es búho, es un animal nocturno que abomina de las pieles bronceadas, alguien que sufre de migrañas si se expone demasiado a ese irredento dios de los pueblos primitivos. Ella es mujer de sombras, de lugares reclusos y secretos. Algo mucho más interesante pero peligroso en momentos de extrema virulencia. Así lo entendió y se instaló en su jardín a leer, con precaución, claro está, con un gran sombrero y la reposara ubicada estratégicamente para que el sol sólo le diera en las piernas. La pierna, porque sintiéndose incómoda replegó la izquierda y así pasó unas agradables horas sumida en la novela de misterio que le hacía olvidar el mundo y sus amenazas. Al terminar la última página desplegó la pierna izquierda, entró a su casa y se dirigió escaleras arriba a su dormitorio. Fue llegar frente a su cama y tomar conciencia del asunto. Y allí mismo se desmoronó, por suerte sobre el mullido colchón, y trató de comprender el fenómeno: había olvidado su pobre pierna derecha abajo, en el jardín, a pleno sol.

Intentó ponerse de pie para ir a buscarla y por supuesto volvió a desmoronarse. Quiso despertar de ese mal sueño, pero no era un sueño y no hubo despertar posible. La ausencia de su pierna la sentía sólo como miembro fantasma aunque no le doliera, sus pellizcos en el

brazo para comprobar la vigilia le provocaban sobresaltos dolorosos.

Su mente científica intentó encontrar una explicación a ese hecho totalmente inverosímil. Su mente científica naufragó en el intento. Entró a funcionar su mente fantasiosa, la de las alegres ensoñaciones diurnas. Y dio con una explicación atrabiliaria pero comprensible. Y un nombre: el Coyote. El Coyote huye del Correcaminos y llega al borde del precipicio. Sin pensarlo dos veces se larga a volar en las alturas, hasta que se percata de la imposibilidad física del vuelo y de inmediato se precipita al vacío.

Así su pierna derecha. O la ausencia de ella.

Adela entiende entonces que las escaleras las subió sin contratiempos por el simple hecho de no haber tomado conciencia del olvido. ¿A qué numen extraño responderán los actos mecánicos, los inconscientes actos que nos llevan a veces al desastre? De haberse dado cuenta de inmediato habría recuperado su otra pierna con toda naturalidad, como corresponde a cualquier bípedo implume con uso de razón etc etc. Pero no usó la razón, y así le fue.

Ahora bien. Si el Coyote apareció en su camino mental para darle una explicación de su inconcebible avanzar, con suerte algún otro personaje oculto en los meandros insondables de su memoria podría acudir a la superficie en su ayuda, aportándole una solución. Pensó y pensó, se devanó los sesos como quien dice, y por fin se dio de bruces con Macunaíma, aquel personaje estrafalario que había nacido en plena selva brasilera a los cuarenta años (años más años menos la edad de ella) y que en sus correrías había sufrido una pérdida parecida a la suya, no recuerda si por autofagia o él se la había comido la pierna de otro... algo por el estilo. Lo que Adela recuerda muy bien es el llamado conmovedor y angustiante: "¡Carne de mi pierna, carne de mi pierna!". Y está a punto de invocarlo en voz alta cuando se da cuenta, menos mal, de que lo que necesita desesperadamente es su pierna completa, carne y huesos y arterias y venas, tendones y nervios, intacta. Por más bronceada que esté.

Los caminos del Señor (el Señor del Conocimiento) son, cuanto menos, impredecibles. A veces fascinantes, a veces incómodos. El aspecto fascinante del camino me llevó de manera intrincada hasta el libro V. S. Ramachandran, *Phantoms in the Brain*, varios días después de haber escrito el cuentito sobre la pierna faltante, y gracias a dichos "fantasmas en el cerebro" me asaltó la furia investigativa. No para explicar el muy breve

cuento, una historia fantástica no requiere explicación alguna, sino quizá para explicarME. Volviendo así a una vieja inquietud. La pregunta ¿de dónde vienen las historias?

Esta minihistoria en particular nació de generación espontánea, durante una charla telefónica con una amiga médica quien me recomendó la vitamina D3 y el sol como defensa contra el omnipresente Cov2, a pesar de no ser ella amante del sol, todo lo contrario, según me aclaró. Sin darle tregua le armé la historia durante esa misma charla. Escribirla me llevó el tiempo del tecleo, con sus posteriores, pacientes y naturales pulimientos.

Y me habría contentado con eso de no haberme topado con el libro de Rama, porque haciendo honor al truncado apellido del autor me fui por las ídems y me enredé en una indagación que me está resultando estimulante.

El siguiente paso fue esculcar mi biblioteca en busca del recordado libro *Phantom Limb*, de Janet Sternburg, excelente biografía novelada de su madre que sufrió una amputación. De la pierna derecha, para mayor coincidencia entiendo al retomar el libro. A la altura de la rodilla, eso sí. La autora narra que está en el hospital, ya le han anunciado que la operación ha sido exitosa, leo:

"Ahora que ha concluido la espera, no sé qué hacer conmigo misma. Con un vaso de café en la mano, empiezo a preguntarme dónde habrá ido la pierna. Trato de censurar esa idea, como si fuera un rezago de alguna novela pretenciosa. No quiero pensar sobre este tema, pero parecería que no puedo clausurarlo. ¿Tiran la pierna a la basura? ¿La incineran?"

Inquietante duda para la misma Janet que narra desde su experiencia vital, e inquietante en una medida infinitamente más acotada para mí que noto las verberaciones de la misma más allá del el textito menor que nació de generación espontánea. Pero no debe asombrarme, en estos días no ceso de percibir interconexiones de este calibre. Sincronicidades, las llamaba Jung. Y también asociaciones azarosas. Porque al releer el libro de Janet Sternburg me asombra comprobar –ella no lo resalta pero está implícito—la homonimia entre rama y miembro, en inglés: limb. Miembro anatómico, claro está, brazo o pierna, y rama de un árbol, preferentemente gruesa. Ciertamente es que nosotros al árbol le tomamos prestado el término *tronco* y lo aplicamos a nuestro cuerpo, pero no fuimos generosos con la palabra brazo, o piernas, o miembros en general, si bien reconocemos que las ramas son de alguna manera los brazos de los árboles. Pero éstas son disquisiciones al voleo que me alejan

del tema central: la indagación, dentro del gran misterio de la biología, sobre la aparición del miembro fantasma en los amputados. ¡Y cómo duele! ¡Y cómo perturba!

Ramachandran se sumerge de cabeza en el tema, si bien por lógica la cabeza no figura entre los sujetos de sus indagaciones. Brazos o piernas o quizá sólo una mano que ya no están allí, que ya no forman parte de la anatomía de sus antiguos portadores y sin embargo siguen manteniendo una muy concreta y dolorosa si bien fantasmática presencia. Me interno por los laberintos de las exploraciones del brillante neurocientífico indio, y voy siguiendo con fascinación sus experimentos en los que el sentido común y el bricolage priman por sobre la tecnología de punta. Sin ir más lejos, Ramachandran explica que, por no haber podido adquirir un costosísimo artefacto para crear realidades virtuales necesarias para realizar un experimento que acababa de idear, se las ingenió para construir una caja de espejos. Dentro de dicha caja el paciente amputado mete su único brazo y el brazo opuesto aparece en el reflejo, como si realmente estuviera allí habiendo perdido su rigidez y sus insoportables contracturas imaginarias.

En sus ricas narraciones busco en forma arbitraria algunas claves, no para comprender mi espontáneo cuento sino para explicar lo inexplicable de eso que constituye la imaginación. Gracias a las antenas que se aguzan en estas pesquisas azarosas, me entero de refilón y por otras vías, que el gran Oliver Sacks escribió un libro sobre su pierna que percibe "faltante" tras una fractura complicada. Esta nueva información es otro regalo que me brinda la serendipia.

*Con una sola pierna*, se titula el tal libro, que (ya nada me sorprende) reverbera en mi brevísimo cuento. Dice Sacks:

*Mi propia pierna se había esfumado "en el aire"; yo era incapaz de concebir que pudiese volverse de modo alguno material o "normal" porque había desaparecido del espacio y del tiempo, se había desvanecido llevándose consigo su propio espacio-tiempo.*

Y bastante más adelante agrega:

*Había una alteración, una eliminación de su representación en el cerebro, de aquella parte de la "imagen del cuerpo", como dicen los neurólogos, pues la pérdida interior era a la vez "fotográfica" y "existencial". Había así, por una parte un grave déficit perceptivo, por el que yo había perdido toda sensación de la pierna. Por otra, había un déficit "de sensibilidad", por el que yo había perdido gran parte de mi*

*sentimiento por la pierna"... Podía decir que había perdido la pierna como "objeto interno", como "imago" afectiva o simbólica. Parecía, en realidad, que necesitaba ambas series de términos.*

Gracias a Sacks recuerdo la noción del cuerpo fragmentado propuesta por Lacan, y leo y leo y tomo notas y reflexiono, sin darme cuenta hasta muy avanzada la lectura y los asombros, de que lo que ando tratando de averiguar es algo muy diferente.

En 2010, a lo largo de la ardua convalecencia de una feroz meningitis, me ocurría un fenómeno para mi inexplicable y absolutamente desesperante. Lo volqué en otros textos y aún así no logro liberarme de la intriga. De nada valdrá acá contarle con nuevas palabras si no encuentro un hilo que me conduzca al meollo de aquella angustia.

En mis *Cuadernos de la recuperación* aludí largamente al tema de mis desafortunadas reacciones cada vez que alguien intentaba un acercamiento a mi cuerpo. Ya fuera por medio de masaje, contacto por proximidad o palabra. Hasta la palabra *cuerpo* me sacaba de mis casillas al punto de la desesperación total e incontrolable. "Si la morada del ser es el lenguaje y yo entiendo que se escribe con el cuerpo, al irme del lenguaje me fui de mi cuerpo o quizá fue a la inversa y nunca podré saberlo" escribí en aquel año cuando ya había pasado todo. Pero antes que eso, superada la peor parte, le conté la desconcertante experiencia a mi amiga Elina Matoso, especialista en trabajos corporales con máscaras. Ella me brindó una explicación comprensible y por primera vez supe de la existencia de los llamados "miembros fantasmas". Silas Mitchell, me explicó Elina, fue quien acuñó el término y describió el fenómeno del miembro fantasma y su relación con la imagen corporal. Pudo detectar así que a los malheridos que regresaban de la guerra no se les podía acercar la mano ni a unos treinta o cuarenta centímetros de la zona lesionada; era como si ante el dolor y para facilitar la curación el cuerpo se extendiera en el espacio... Poco entendí en su momento aunque en cierta medida me tranquilizó la idea. Era cuestión de reponerme del todo y podría volver a mi cuerpo y por ende a escribir, actividad creativa que siempre supe no se forja con la cabeza sola.

Y acá concluiría esta relación de asociaciones eclécticas a partir de un mínimo texto ficcional, si no fuera que las respuestas siempre se abren a otras preguntas y, sobre todo, porque las cadenas asociativas en lugar de aprisionar liberan y conducen a nuevos interrogantes, es decir nuevas aventuras del pensamiento.

Así, por otro inesperado camino en estos tiempos enclaustrados, de reflexión y juego y juego reflexivos, llegué a los

escarabajos. De su *exoesqueleto* un par de pasos hasta enterarme del *exocerebro*, inspiradora propuesta del antropólogo Roger Bartra quien estudia "las conexiones entre los circuitos neuronales sociodependientes y los circuitos culturales que nos rodean a diario". De de allí un nuevo paso, recién dado y concebido, para proponer que fue mi *exocuerpo* el que me tuvo en vilo durante mis desesperantes meses post traumáticos. El mismo que ahora, apaciguado, no se preocupa por mis piernas (ni la derecha ni la izquierda) pero guía mi mano hacia los libros que me permitirán seguir con estas eclécticas exploraciones, motorizadas por una forma de coherencia a salto de mata.